

cana, para comprender sus rasgos populares y tradicionales. *Arte y trama en el cuento indígena* es un paso importante en este proceso.

EDITH NEGRÍN

Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

### Bibliografía citada

- CAMARENA, Jorge, 1995. "El cuento popular". *Anthropos* 166-167 (mayo-agosto): 30-33.
- CHARTIER, Roger, 1995. "'Cultura popular': retorno a un concepto historiográfico". En *Sociedad y escritura en la Edad Moderna* (1984). Trad. Ana García Bergua. México: Instituto Mora, 121-138.
- DOMÍNGUEZ MICHAEL, Christopher, 1996. "¿Lengua nonata o lengua muerta? Literatura indígena actual". *Vuelta* 232 (marzo): 43-47.
- FOUCAULT, Michel, 1985. *¿Qué es un autor?* (1969). Trad. Corina Iturbe. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- FLORESCANO, Enrique, 1999. *Memoria indígena*. México: Taurus.
- MONTEMAYOR, Carlos, 1995. *Encuentros en Oaxaca*. México: Aldus.
- \_\_\_\_\_, coord., 1991. *Situación actual y perspectivas de la literatura en lenguas indígenas*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- PELLICER, Dora, 1991. "Oralidad y escritura de la literatura indígena: una aproximación histórica". En Montemayor, coord., 1991, 15-53.
- REGINO, Juan Gregorio, 1991. "Escritores en lenguas indígenas". En Montemayor, coord. 1991, 119-137.

Carlos Lenkersdorf, ed. y trad. *Indios somos con orgullo. Poesía maya-tojolabal*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 1999; 432 pp.

Hace mucho mucho tiempo, a lo largo de seiscientos años, la cultura maya fue dejando sus huellas en suntuosos monumentos y estelas y ciudades, interconectadas por *sacbé*s, de gran magnificencia. Se colapsaron varios siglos antes de la Conquista española. Hoy, treinta pueblos mayas, diferenciados por sus lenguas, son herederos de aquellos días.

Desde que fueron sometidos por los colonizadores barbados —Puerto Carrero, Mazariegos y el especialmente cruel Alvarado— y sometidos a encomienda, esclavismo disfrazado de redención cristiana, hasta la actualidad, no ha habido siglo sin un levantamiento suyo. Nuestra ignorancia ha sido absoluta, o casi.

Enero 1 de 1994...; el Comandante Tacho. Algo nuevo entre nosotros, los no-mayas y no indios, los *kaklanes* (castellanos, o hablantes del castellano): podemos ubicar a los tojolabales en los Altos de Chiapas, por ejemplo, en los municipios de Altamirano y Las Margaritas. Se está rompiendo nuestra ignorancia. El encuentro se inicia. Escuchamos su reclamo. Derechos autonómicos: el *demos* también es *etnos*.

Un poco antes del noventa y cuatro, el artículo 4° de la Constitución consagra que la nación mexicana es pluricultural y establece que se protegerán y promoverán las lenguas indígenas. Primer día de 1994, seis años previos al cambio de siglo y milenio: hay verdades de hecho, porque las de derecho son violadas; así, a un reo tzeltal le asignan un traductor tzotzil; profesores tzeltales son asignados a los choles; o un tojolabal agonizante en el “hospital” de Comitán dice que en aquel hacinamiento está incomunicado con los demás enfermos y con los médicos, hispanohablantes, que no lo entienden ni captan su modo de vivir la enfermedad. Abogados, gobiernos, presidentes y demás “mandones” sólo conocen palabras vacías, el demagógico blablá (*lom lom k'umal*); pero ahora “al gran mandón decimos que no” (105).

Las anteriores observaciones provienen de un filósofo, Carlos Lenkersdorf, quien para encontrarse se perdió entre los tojolabales: “¿No nos hace falta que aprendamos desde la perspectiva tojolabal quiénes somos nosotros?” Es decir, la comprensión del sí mismo por la comprensión del otro, el inicialmente distinto, hasta que se logre el encuentro de horizontes.

Para cubrir la primera fase, auditiva, llena de preguntas, sobre gente que localiza los afectos y pensamientos en el corazón, este filósofo, sorpresivamente, la invitó a que le enseñara su lengua, “manifestación idiosincrática de cómo se percibe el mundo” (393). Es una lengua “intersubjetiva” (23), estructuralmente diferente de las lenguas indoeuropeas y semejante a otras, australianas y de Melanesia (17). Esto ocurrió de acuerdo con la humildad propia de mentes que distinguen la

palabra escuchada, *ab'al*, aprendida inicialmente en la infancia, y base del aprendizaje y los acuerdos, de la hablada, *k' umal*. Carlos les devolvió el regalo con un diccionario tojolabal-español y español-tojolabal y con el don de la escritura, es decir, con la autoafirmación de una cultura avasallada y, como tal, ágrafa.

La conciencia de que las hablas pueden quedar inscritas deshizo la mentira según la cual la escritura es privilegio de los centros y de unos cuantos individuos. El paso de la oralidad a la inscripción no cancela a la primera, porque, a juicio de los *ixuk winik tojol*, leer es hacerlo en voz alta (20).

Como los regalos fueron generosamente recíprocos, “Curso de Tilité” (Altamirano) es el poema-canción que le ofrendaron aquellos “cantores natos” (20), que le agradecen además que les haya explicado sus derechos agrarios y el sentido de la libertad, ponderando al respecto su acierto de tomar las decisiones por consenso: “más cerca vengan ya” (165), y su reclamo de que las autoridades, guardando la jactancia del poderoso en el cajón de los trastos inútiles, sometan su gobierno a las opiniones comunales. Les explicó el sentido de la igualdad y la fraternidad, valores contrarios a la explotación, las discriminaciones, el racismo y la tortura.

En su andar por las montañas chiapanecas, Lenkersdorf observó que hasta 1973 los tojolabales, peritos ejecutantes de varios instrumentos y en particular de los ancestrales tambor y flauta, entonaban letras en español (excepto “Vamos al monte”), obedeciendo a la orden de negarse a sí mismos orquestada por el coercitivo poder de dominio. Pero tras el Congreso Indígena convocado en 1974 por la diócesis de San Cristóbal de Las Casas, durante el episcopado del *tatic* Samuel Ruiz,<sup>1</sup> se despertó la creatividad en su propia lengua y el deseo de componer en ella sus poemas-canciones —*tz'eb'oj*—, para “forjar la historia en la coyuntura contemporánea” (23), deshaciéndose de los desprecios internalizados, o sea, del “opresor interiorizado” (113). Entonces lanzaron a los cuatro vientos “nuestro cuento” o “nuestra palabra” (57).

---

<sup>1</sup> Esta idea se fortaleció en el congreso del 8 al 12 de octubre de 1996, cuya petición unánime fue instituir “regiones autónomas”.

Un milenio y medio después del periodo clásico maya y a lo largo de veinticinco años, Carlos Lenkersdorf recopiló pacientemente aquellos elocuentes testimonios en un libro que cuenta ya con ocho ediciones. *Indios somos...* es la primera versión española, en la cual, dice su editor, “muchos elementos se pierden” (27). Se compone de siete capítulos, una introducción sobre quiénes son y han sido los tojolabales, dos índices alfabéticos de versos (en tojolabal y en español), una bibliografía de veintiocho títulos y, finalmente, comentarios y notas que contextualizan lo dicho dentro de la cosmovisión de los tojolabales.

Esa cosmovisión es de “animismo redivivo” (27) y funda los versos en un “nosotros” colectivo, que abarca el cada quien, según lo entienden y construyen quienes se consideran hermanados, o con-nacionales, en terminología usual de la Colonia.<sup>2</sup>

No hay duda, el contenido épico y religioso de “nuestra canción-poema” (*ja jtz'eb'ojtiki*) está relacionado básicamente con vivencias recientes. Es entregado a oyentes que tienen derecho a interpelar o, cuando menos, a expresar su experiencia estética en un juicio que deje sentado si les gustó o no la oferta: “El cuento éste es / bien tojolabal, / si les gustó, / ustedes dirán” (109).

El corrido del “catequista” y “chamulero” (201) *Petul Kusket*, empero, se remonta a la rebelión tzotzil de 1869, al liberalismo, que se adhirió al positivismo evolucionista, el cual redujo la compleja historia a tres fases: salvajes, bárbaros y civilizados o vanguardias que han de imponerse a los “atrasados”.

En *Oficio de tinieblas*, Rosario Castellanos divulgó, actualizándola, la versión de los hechos que había escrito Vicente Pineda en *Historia de las rebeliones indígenas habidas en el estado de Chiapas* (1888): durante un cruento levantamiento, el cacique Pedro Cuscat, Cuzcat o Cuscate crucificó al niño Domingo Gómez Checheb para crear un Cristo indio. Jan Rus, en *¿Guerra de castas según quién?*, sostiene, dice Lenkersdorf, que no hubo tal guerra ni crucifixión — “nos falta aprender”, cantan en diálogo los tojolabales (203)—, sino un movimiento, “buen tiempo ha”, que, gri-

---

<sup>2</sup> Proveniente del significado etimológico de *nación*: ‘camada, individuos culturalmente afines y que, sobre todo, se identifican como grupo diferenciado’.

tando fuerte, se dedicó a cultivar sus tierras y llevó a cabo su propio culto (prohibido en el decreto 46 del Concilio III Provincial Mexicano) y su mercado o “tianguis de compra-venta”: “no queremos vender sin ganancias” (197), resumen los tojolabales.

Al ver mermado su poder económico, político y cultural, los “coletos” y curas de San Cristóbal de Las Casas, en contubernio con el gobernador José Pantaleón Domínguez y por boca de éste, lanzaron una arenga que habla por sí sola: se ha desatado una “guerra de castas”, con los horrores que está protagonizando “la chusma indígena”. En nombre de la “humanidad”, os conjuro a “sofocar esos instintos salvajes”, porque así “la barbarie sucumbirá ante la civilización” (191, 192). Entonces sí, en versión de los vencidos y de Rus, “la guerra empezó”: fueron masacrados “muchos hermanos” (199). En solidaridad con ellos, llegaron indios de muchos poblados. Mirada desde un ahora en armas, la moraleja es que no podrán acabar con todos los indios mayances unidos. “Ya basta de palabras”, completan; mediante la ayuda mutua habremos de alcanzar la libertad con democracia.

Han pasado muchos *katunes* sin que lográramos nada. Sólo mediante la colaboración entre comuneros sonará “La hora de la verdad”. Mientras tanto, en este bregar cotidiano, se pregunta el hablante: “¿No me ayudarán?” “Durante un día a limpiar la milpa”. Y otro responde: “Te ayudaré una jornada”. “Así sea” (375).

Un tema recurrente de este libro es la secular explotación de los hambrientos y el hecho de que cuando “el hambre baja” nada es bello (409), porque reduce a los prójimos a ser “mozos de los mandones” (27). “Las cosas nuestras” son muy pocas: pies descalzos y desempleo. Entiendan “nuestras necesidades”: hemos sido despojados de tierras fértiles, “nos queda sólo el cerro” (85), lo cerril y pedregoso. Como no tenemos dinero, hemos de marcharnos a tierra caliente, a las fincas cafetaleras asentadas en valles. Como el jornal de ocho horas es mentira, trabajamos de sol a sol por un salario miserable. Vendemos la fuerza de trabajo, muy distinta al amoroso trabajo — ‘a’tel’ — en nuestra Madre, que nos da vida y alimento, y los animales que nos ayudan en el trabajo y nos alegran con su canto. Aprovecha, hermano, tu capacidad productiva, no la que entregas al finquero: levántate al canto del gallo. No seas haragán (425).

Esta diferenciación entre potencial creativo y fuerza laboral explica su canto “Acción de gracias al comienzo de la tapisca”, que no admite holgazanes (389): “Gracias, Señor, porque hiciste Nuestra Madre Tierra hermosa” (363). Escúchanos, pues, “Nuestra Madre Tierra” de “buen corazón”, “cuídanos bien, bien” (319), porque si “Somos tiliteros” (Altamirano) en nuestros terrenos agostados, el maíz “no pega”, tampoco los frijoles. Las enfermedades cunden. Nuestro buen comer, “cosas nuestras”, incluye “frijoles, tortillas y chile, también un poco de café” (181). Nada más. No pedimos demasiado.

En 1978, la segunda unión ejidal, en Las Margaritas, se llamó “Tierra y Libertad”, porque la tierra es, como proclamó Zapata, de quien la trabaja. Hubo una época de “baldío” o trabajo de balde, sin sueldo, acasillado, que llegó a su fin, en gran parte, durante la presidencia de Lázaro Cárdenas: “el baldío se acabó / ya no hay esclavitud” (283). El “Artículo 106” de la Ley federal de la Reforma Agraria los beneficiaba. Pero en 1992 los cambios hechos al artículo 27 de la Constitución acabaron con el ejido. Los tojolabales cuestionan: ¿una madre se vende?, ¿se respeta el suelo nutricio si es vendido? Y versifican: cuando, equivocados, en “nuestro maizal” (315) sembramos café con fines comerciales, y no maíz y frijoles, sembramos “dependencia”. Nuestra Madre nos ha enviado un mensaje: “pues sois hijos del maíz”, rozad, cultivad, tapiscadlo (145). Padre Sol, ayúdanos (177) para salir con bien, porque la suerte nos es adversa. Para demostrarlo regresan a “1974”: junto al río rojo —*chakaljá*— en San Carlos (Altamirano), los tzeltales gozaron de tierras nacionales: buen suelo, que los agasajó con maíz, frijol, caña y plátano. La vendieron, porque el eterno “gran patrón” “nos quiere como mozos” (229).

4 de marzo. El capitán Aranda Flores envía cuarenta hombres del Batallón 46. La orden: “fuera ya, apúrense”. Los sacaron “a patadas”. Incendiaron las casas. Con el corazón lleno de miedo, los agredidos corrieron. Los vecinos de la colonia Guadalupe Victoria bondadosamente llegaron: “quédense”, “ya no huyan” (233). Este acto hizo memoria. “¡Escuchen bien! / No olvidémoslo jamás, / cerrar los ojos, esto no” (233).

Las burlas en su contra han sido mayúsculas. Por ejemplo, en la cañada, los dueños de aserraderos construyeron “La carretera”, un camino de terracería que podría ser utilizado para transportar las mercancías has-

ta Comitán: la policía les exigió “alcabala”. ¿Comprarse un transporte? Ni pensarlo, hasta el permiso de transporte costaba mil pesos. Un chofer de camión de materiales, borracho (“bien bolo”, 209), aceptó llevarlos. El camión “trocerero” se volcó: los hermanos, muertos (211). El estribillo, “Bonita carretera ¿de veras servirá?”, tiene una sola respuesta: sí, al patrón (213). Otro ejemplo. En 1978, un autobús llegó hasta “Nuestra Unión” de Ejidos Lucha Campesina. Hubo fiesta en Lomatán. Las expectativas se frustraron: su propietario aumentaba a voluntad el precio del pasaje.

La pregunta más acuciosa para nosotros, los no-indios, es por qué los grupos indios, sin escuelas y sometidos a una brutal represión, han conservado su organización, “que no forma parte de la orientación globalizadora” (18). Tal es el eje temático más destacado de *Indios somos con orgullo...*, y una prueba fehaciente de cómo, mediante una inteligente *autopoiesis*, han custodiado su comunidad y mantenido vivo el mundo del nosotros, luchando diariamente con la etnocida transculturación, la dolorosísima pérdida de personalidad colectiva de un ser humano, especie social por naturaleza. Y también una prueba de cómo en esta fase, bajo la expectativa de una sociedad justa —*j’e kilaltik*—, la defienden “con orgullo”, sacándola de la clandestinidad. Están en armas por una sociedad con libertad o democracia, y pan y tierra, o sea, sin patronos, que habrá de concretarse en este nivel cósmico, no en el metamundo, porque aquí conviven “dioses y humanos, vivos y muertos” (238), porque es un “biocosmos” y un “manantial vivificante” (28). Están en armas porque en uno de los rugosos pliegues del suelo, o blusa llena de flores y milpas (307), su comunidad pueda desarrollarse felizmente: “hagamos bello este mundo” (127).

Durante borrascosa noche, a los aborígenes les fueron robados “tierra, nombre y religión” (115), dejando en su lugar la vergüenza. La herida abierta aún no es restañada: si “Jesús se tojolabalizó”, cantan, es porque, siendo como nosotros, un labrador, camisa fea, calzón parchado, no era guapo “igual que nos”; y sus “amigos” profetas también fueron “gente sin razón” (325). En esta “hora del amanecer” (127), cuando la oscuridad empieza a marcharse y el Sol torna visible su creación (307), hemos de concientizar, dicen, que Cristo fue pobre, con piel “como de indio” (323); como no era “nada presumido” (273) y sí “humilde servi-

dor" (251), se alió con pescadores y campesinos (313). Su madre es la morena del Tepeyac. Lo asesinaron los ricos, motivados por su decisión de igualarle en "hambre y sed" con los miserables indios. Pero resucitó. "Mandón, finquero y patrón" (347) adoran "El ídolo" de corazón metálico, de calderilla (349), engullidor de existencias, como el *Pukujk*. "Cúdense bien" (349).

En este amanecer, el simbólico hermano mayor habrá de cuidar al hermanito enfermo. Las relaciones más fraternales son con la propia camada. En éstas no vale el engaño ni los doblesces. Las relaciones deben ser *tojol*, concepto "multifacético" (44) que significa 'el camino recto o más corto o expedito, lo verdadero, acertado, honesto, idóneo': "Venid, venid, / juntémonos, / forjemos bien la comunidad" (69), porque el solitario misántropo es inútil y desgraciado. El ser humano afecto a su comunidad, en antítesis, está convencido de que "la comunidad no se vende" (223) ni los mandones podrán menguar su vigor, porque, dice la "Primera llamada", somos tojolabales "gracias a ti, / nuestro Señor" (243). Al "Recibir el agua" del bautismo las gotas caen, se juntan, corren y "forman el gran mar" (259), se complementan, y no compiten.

"La senda de Dios" —*Jwaltik*—, del Padre, del Sol, conlleva terminar con el menosprecio de la lengua, como han demostrado las monolingües mujeres que, desechando la vergüenza (285), han sido las principales guardianas de la cultura *tojol*. Estas transmisoras de la etnicidad desecharon el feminismo incapaz de entender que hay diferentes mujeres en diferentes circunstancias; las que sacrificaron su copertenencia a su camada patriarcal son víctimas de sociedades hostiles, donde su cultura parece no decir nada a nadie. Sin embargo, precisamente en la actual lucha, codo a codo con los hombres, las "muchachas", aún solteras, plantean que ser mujer tampoco es motivo de vergüenza, ni debe serlo en una organización "justa y de respeto mutuo" (382) o unitiva. Luego, demandan respeto, que nadie les pegue, porque "no somos criadas" (383).

Las nuevas generaciones sufren dolorosos procesos de transculturación: cambian la tradicional ropa "tan linda" por otra industrializada, como si esto solucionara algo (67). Aprender los programas escolarizados tampoco soluciona nada: aunque bilingües, imponen una historia donde no tienen cabida las gestas locales, ni los problemas más acuciosos de los tojolabales, y, asimismo, dejan permear un menosprecio a su



milenaria sabiduría. Los indios de los Altos de Chiapas han corrido a profesores e instaurado a los que acuerda la comunidad, con sus propios textos y asignaturas, sin dejar de lado el “a-e-i-o-u-” y el “1, 2, 3” o serie numérica que asciende o desciende en conformidad con el sistema vigesimal maya, mostrando que es infinita, porque los números “son muy muchos” (401).

Una organización xenófoba desaparece. La solidaridad ha de rebasar al hermano más cercano en dirección hacia los otros “indios”. Como un boomerang, el canto tojolabal devuelve este término peyorativo con un agregado: “indios somos con orgullo”: tzotzil, tzeltal, chol y tojolabal habrán de liberarse con un mismo corazón (123). Así lo enseña la “costumbre” o religión. El profeta Moisés vino a liberar al pueblo de Dios, que también abarca el nosotros indio. Cristo no vino a “hacernos sus mozos” (255), sino a darnos la fuerza del amor.

El radio de confluencia se amplía: “nace la unión / de lucha campesina” (219, 267): “juntémonos todos” (297), porque “blancos y morenos / bambas, chinos, indios / hermanos somos de una humanidad” (95). En el presente, incluso los “hermanos preparados” (127) se han unido a esta “comunidad cósmica”, o “encuentro polifónico de todas las voces” (369), resume Lenkersdorf.

Termino esta reseña con la fiesta popular: actividad social, coparticipativa e incluyente. En su transcurso se comparte el pan con los hombres y los dioses; se rememora un acto incoativo y se solemniza el ritual. Así, desde tiempos coloniales, en la fecha de la Santa Cruz se reza “a nuestro Señor / por agua pedir” (355). Llenamos el tiempo para no aburrirnos con obligaciones. En contraposición, la fiesta no es algo que ocurre en el cómputo vacío de días, meses, años, sino que es tiempo de la Santa Cruz, o de la Virgen de Guadalupe, o de Navidad. Abundan las flores. Suenan el tambor (353) y las marimbas. Todo es para todos. Nadie debe autoexcluirse. Se adornan las mesas...

Siempre, siempre hemos respondido a la tradición festiva porque forja comunidad, y nace y termina con una devoción a la hermandad. Así, pues, “Acérquense acá / al baile tojol, / nosotros tojol, / tojol el festín” (355).